

ESPECTACULOS

CON EL TCM HASTA PARIS

Frío, precios y un poco de teatro

Escribe Beatriz Podestá



Llegada al aeropuerto de Orly, donde esperaba el Embajador del Uruguay. De izq. a der.: Gelós, Avila, Larreta, Santullo, Márquez, el embajador Abelardo Sáenz, Solari, Zorrilla, Guarnero, González, Escalante, Curotto, Amalia Nieto, Sra. Curotto, Martínez Mieres.

Paris, viernes 25. — Hace frío; mucho, muchísimo frío. En realidad la temperatura —aunque parezca un tema un tanto inglés— es en este momento nuestra obsesión: pobres americanos ingenuos que pensamos que fines de mayo en París equivale a nuestro fin de noviembre montevideano, con baños en Pocitos. La verdad es que sin la buena voluntad de la colonia uruguaya de París que prestó sacos y bufandas correríamos peligro de congelarnos; la temperatura esta mañana era exactamente de 6 grados centígrados.

El viaje en avión fue excelente, pero enormemente cansador; casi cuarenta y ocho horas de vuelo con la sola interrupción de las escalas. La monotonía sólo se cortó con el aterrizaje en San Pablo, que se demoró media hora por la niebla en interminables círculos sobre el Aeropuerto.

El cruce del Atlántico (Recife-Lisboa) duró catorce horas. La demora que traía el avión al llegar a Montevideo hizo que esa etapa se realizara entre el amanecer americano y la medianoche europea: son demasiadas horas para estar encerrado en un avión repleto. Se mataba el ocio con la lectura, la comida, las partidas de canasta y hasta de truco, pero llega un momento en que la falta de espacio, el runrun de los motores, y las setenta y cinco personas apiladas en la cabina empujan a pesar demasiado.

Entre sueñito y sueñito miraba por la ventanilla (agua, agua, agua y nada más que agua) y saludé mentalmente con admiración a esos magníficos inconscientes que apiñados en unos barquitos deleznales se lanzaron a atravesar el Atlántico en el siglo XV. Si en pleno siglo XX sabiendo exactamente hacia dónde se va y cuanto tiempo se demorará en llegar, rodeado por las atenciones de solícitas azafatas, el viajero siente cierta angustia es casi imposible imaginar lo que habrán sentido Colón y sus acompañantes a menos que (lo que me parece más probable) estuvieran todos locos de remate.

La llegada a Lisboa marcó para diez de los veintidós viajeros el primer contacto con Europa. Aún si no se supiera dónde se ha llegado no habría confusión posible: el tono bajo de las conversaciones, la perfecta organización y un cartelito chocante ("Reservado el derecho de admisión") en la entrada del Restaurant del aeropuerto gritan el cambio de continente. La comida es excelente, pero dos de los debutantes protestan: "Che, venimos a Europa y nos dan churros con papas fritas". El Embajador Brugnini que llegó hasta allí a saludar a la compañía y aterró a los que piensan pasar unos días en Portugal hablando de los precios, que son realmente astronómicos.

En Zurich (frío, frío) en el Aeropuerto más limpio, confortable y prolijo que se pueda soñar, se produjo una cuasi tragedia que tuvo sus ribetes cómicos. Hubo que transbordar y al hacer el recuento faltaba una valija, la de Antonio Larreta. Aparentemente había quedado en el avión que partía hacia Amsterdam y mientras Larreta y Curotti discutían con los encargados del equipaje, China Zorrilla y Martínez Mieres corrían por las pistas haciendo señas enloquecidas al avión, que por cierto despegó indiferente a su desesperación. Finalmente se supo que la valija estaba en Amsterdam y llegó a París junto con nosotros, pero las horas que Larreta demoró en juntarse con su ropa y toda la documentación del TCM fueron un tanto angustiosas.

Al llegar a París el Embajador Sáenz y personal de la embajada esperaban en Orly. Hubo una conferencia de prensa relámpago, un pequeño discurso de bienvenida del Embajador, fotos, preguntas.

Y después, finalmente, al cabo de los meses de proyectos, de trabajo, de esperanza y de desaliento, París. Esa ciudad que aún helada e inhóspita como hoy emociona a los que la reencuentran, asombra a los que la descubren con la torpeza del recién llegado. Desgraciadamente no se puede hablar de ella sin caer en el lugar común: sería maravilloso poder contar París.

Sábado 26 — A las 11 de la mañana de hoy la plana mayor del Teatro de la Ciudad de Montevideo se puso en contacto oficialmente con Claude Flanson, director del Festival de las Naciones. Este resultó ser un hombre encantador que felicitó antusiastamente a Larreta por la elección del repertorio. Aunque en Montevideo levantó algunas resistencias el hecho de que el TCM no trajera a París una obra nacional, luego se descubrió aquí que un buen porcentaje de los conjuntos visitantes viene con piezas ex-

tranjeras y que el público se interesa por lo menos tanto en la calidad del espectáculo como en el color local.

El Teatro Sarah Bernhardt, donde el TCM habrá debutado ya cuando esta carta llegue a Montevideo, es una sala estupenda. Acústica perfecta, buena visual desde todas las localidades y una estructura que permite ubicar 1.200 espectadores sin que se pierda la sensación de intimidad. Hasta hoy sábado su escenario estuvo ocupado por el Sudmen Kansallisteatteri de Helsinki que hizo una versión muy correcta pero poco inspirada de *La gaviota* de Chejov. El director del espectáculo (cuyo inabismable nombre finlandés se me escapó por completo) fue alumno de Stanislawski y se dice que sigue fielmente su puesta en escena. Quizás por eso, o por su avanzada edad, la versión tiene un airecillo antiguo, un exceso de grandilocuencia que no calza bien con el estilo de Chejov. Por otra parte la puesta no es chejoviana en el sentido que se da en Montevideo al adjetivo. Rápida, sin silencios, sin miradas significativas hace perder en profundidad a los personajes lo que ganan en brillo.

A la salida de *La gaviota* nos vamos a comer a un bistró. En el momento de salir alguien descubre que hay un tango en la máquina de discos y dos minutos después, varias parejas uruguayas cumplieron el ineludible rito de bailar en París al compás de "Adiós muchachos". Como suele suceder en estos casos, no hay nadie que baila verdaderamente bien, el tango y al cabo de un par de minutos los bailarines empezaron a sentirse vagamente incómodos ante la mirada de los franceses que esperaban con una filosófica sonrisa que esos "sauvages de l'Amérique" desocuparan la entrada del restaurant.

Y la verdad es que comer es un problema. Para turistas patos como nosotros pagar un mínimo de \$ 14 uruguayos en la Rive Gauche o de \$ 25 en la Rive Droite, según donde lo sorprenda el hambre, es realmente un problema, y entonces se recurre a soluciones de emergencia. Pícnics en los dormitorios en base al delicioso pan de París, mermelada y café que se calienta en unos astutísimos mecheros de gas, chocolatinas o cafecitos al paso. Además hay otros recursos, sobre todo en este Hotel Saint Michel, hogar parisino de los uruguayos sin pretensiones. Puede suceder por ejemplo que la señora que ocupa la habitación contigua sienta el tecleo de la máquina y se aparezca con una taza de té, pan y queso justo la noche en que no había habido tiempo material para comer. No es la misma señora que presta un saco de piel o un chaquetón, o una bufanda, pero tiene el mismo maravilloso sentido de la solidaridad que por lo visto florece particularmente en la helada primavera parisina.

Por cierto que hoy, esa cruel primavera (el promedio de resfriados y bronquitis es alto en el Saint Michel) se apiadó de los turistas y durante una hora entera un sol nórdico y discreto, pero sol al fin, brilló sobre nuestras cabezas. Festejando ese cambio de temperatura se sacaron fotografías, se paseó en Bateau-Mouche, se subió a la Tour Eiffel; el resultado fue un aumento en la potencia de las toses y la intensidad de los resfriados porque después de la horita de sol empezó a llover a cántaros y nos ensoportamos todos. Los franceses explican que la temperatura es totalmente excepcional, que ésta ha sido la primavera más fría en los últimos 50 años y eso es un consuelo relativo; mientras escribo esto siento nuevamente truenos y pienso con horror que tengo una cita en una plaza dentro de una hora.

Pero prefiero —con todo— los truenos a otros ruidos más ominosos del París de hoy: las sirenas de los autos de la policía que atruenan de golpe en la noche; los pasos de los gendarmes que recorren la calle, ametralladora en mano. Francia es hoy un país en guerra civil: posiblemente la guerra civil más absurda, más inútil de su historia. Y mientras nosotros admiramos con éxtasis los carteles que anuncian en las esquinas la actuación del Uruguay en el Festival de las Naciones, no sabemos si el señor que pasa al lado es un secuaz de la OAS con una bomba de plástico en el bolsillo.

Domingo 27. — Es increíble la cantidad de cosas que se pueden hacer en tres días cuando se está de viaje: los kilómetros que se caminan, los objetos que se compran, los descubrimientos que se hacen. Se puede averiguar, por ejemplo, que la gran divisa parisina de los domingos es jugar a una variación de las bochas en el Bois

CINE
TEATRO
MUSICA

JAZZ
BALLET
VARIEDADES

MEMORIAS DE UNA UTILERA (III)

El primer trabajo

Escribe Alicia Behrens



Henny Trayles, un cisne decorativo y Maria Castellanos en una escena de "Doña Rosita la soltera"

"Hija mía, ya no podrás vivir sin el teatro", me decía en 1956 Pepe Estruch al verme preparar, con una devoción que no volvió a repetirse, la primera ambientación para "Doña Rosita la soltera", en Club de Teatro, bajo la dirección de Antonio Larreta, que hacía su rentrée luego de los dos años como ayudante de Giorgio Strehler en Milán. Yo lo escuché como quien oye a un maniático. Era cierto que por vez primera me encontraba detrás de las bambalinas, en la cocina de un teatro, y que ese mundo me parecía maravilloso, poblado de magos y hechiceros capaces de transformar y de transformarse, de convertir un pedazo de tablon en un friso de azulejos y a una muchacha fea, desaliñada y torpe en una exquisita mujer llena de encantos. Era cierto que en el teatro se retorna a los nunca agotados juegos infantiles, donde la realidad se mezcla con la ficción y la improvisación cobra un valor mayor que el trabajo minucioso y constante. También era cierto que en aquella casa de la calle Rincón se albergaba un grupo amistoso y bohemio de fácil convivencia, especie de refugio para los que andan sueltos por el mundo y tienen necesidad de sentirse colaborando en alguna empresa de interés público. Pero a pesar de sus atractivos y ventajas yo prefería pensar que mi auto-determinación no estaba hipotecada y aún hoy, después de seis años de constantes trabajos, y cuando ya se podría empezar a aceptar la parte de razón que lo asistía a Estruch, un empecinamiento cuyos motivos me niego a analizar me hacen creer que mi pasaje por el teatro no es necesariamente definitivo y que sólo depende de mi decisión el dedicarme a otra actividad. En fin, que me gustaría poder demostrarlo sin tener que renunciar.

En aquella primera ambientación compartía las responsabilidades con Víctor Munar. Si me pregunto por qué Larreta me eligió para ese trabajo, pienso que habrá sido porque conociendo mi casa, sabe hasta qué punto doy importancia a los objetos, a los detalles. De modo que encomendó a Víctor, con quien había trabajado en obras anteriores, la elección de los muebles importantes, dejándome a mí la tarea de enriquecer el ambiente con adornos y porcelanas, conseguir la utilería chica, la que juega en la acción, y sobre todo, armar el jardín de invierno, que ocupaba el fondo del escenario. Con los adornos no tuve dificultades, porque bastó trasladar desde mi casa una etagère con sus abanicos y potiches e instalar en el sitio más visible uno de esos absurdos cisnes de porcelana que se encuentran en posición de lanzarse a las aguas. Ya la utilería menor me dió bastante trabajo, porque siendo novata en estas lides tomaba el texto al pie de la letra y si el autor pedía una escoba, yo pretendía que fuera una auténtica escoba de Granada. Después aprendí que basta con que los objetos tengan la rusticidad o el lujo requeridos, y que no sean fácilmente reconocibles como los de diario uso nuestro. Pero lo que resultó una tarea

de Boulogne, que Gustavo Adolfo Ruegger pasó diez días en París escribiendo sus iniciales en las paredes (otra versión posible es que las iniciales GAR correspondan a Gouvernement Algérien Révolutionnaire), que todas las chicas del Quartier Latin usen zapatos de ciclista, que es posible cruzarse con un monje budista envuelto en un manto púrpura en plena Ile de la Cité, que una "ouvreuse" en un teatro se siente con derecho a reclamar una propina por el mero hecho de estirar una mano y alcanzar un programa (que por otra parte cuesta 4.50 uruguayos).

Pero vale la pena pagar esos \$ 4.50 (y los 12 pesos que cuesta una galería baja) para ver el espectáculo Anouilh de la Comédie des Champs Elysées. Está compuesto por *La foire d'empoigne* (dos actos) y *L'Orchestre*, una pequeña obra maestra en un acto, todavía no publicada, que alguien tendría que montar en Montevideo.

La foire es una farsa histórica, lúcida e irónica como todo Anouilh. En el primer acto Luis XVIII huye de París dejando lugar a Napoleón; en el segundo han terminado los cien días y Luis XVIII llega a París mientras Napoleón se embarca hacia Santa Helena. El personaje que hila esos dos actos es un Fouché, que según el propio autor "no se parece tanto a Fouché como a mi mismo". Hay además un soldado ingenuo, llamado Dupont (o sea Pérez) que se acomoda con el mismo entusiasmo al Emperador que al Rey y un joven idealista que se obstina en morir por Napoleón. Todos esos personajes dialogan interminablemente en una pieza donde la acción dramática es previsible y casi nula; pese a eso un público entusiasta llena el teatro desde hace meses y aplaude las réplicas con fervor.

Hay dos razones para ese entusiasmo. En primer lugar el talento de dialoguista de Anouilh, su impecable inteligencia en segundo, la particular situación política de Francia, donde hombres que se dicen idealistas y llenos de amor por la patria permiten que Salan no sea condenado a muerte, donde se descubre que el jefe de la OAS seguía transmitiendo órdenes a sus subordinados desde la prisión donde esperaba el resultado de su juicio. Es razonable que ese público aplauda las réplicas cónicas de Napoleón, Luis XVIII y Fouché, que se entusiasme cuando uno de los personajes declara: "Felizmente el honor de Francia no ha dependido nunca de sus gobiernos". Pienso que en Montevideo la pieza no funcionaría mucho; pese a que Anouilh ha declarado que no hay alusiones en la pieza es imposible juzgarla fuera del contexto de la situación política francesa actual.

L'Orchestre es otra cosa. Es teatro puro, en estado natural. El telón se levanta sobre un estrado que ocupa una orquesta de señoritas (el pianista, sin embargo, es un hombre). Dura apenas tres cuartos de hora durante los cuales la orquesta toca cinco números (las músicas, deliciosamente caricaturescas, son de Georges van Parys). Entre una pieza y otra las muchachas dialogan y se van revelando como seres patéticos, trágicos, despreciables, canallascos. También el pianista es un monstruo, la violoncelista se suicida y sin embargo, increíblemente, la pieza es de una efectividad cómica total. Es el humor negro llevado al paroxismo, la amargura de Anouilh en los colores más sórdidos, más crueles.

Las puestas en escena de las dos piezas son de Anouilh y Roland Pietri y es curioso observar cómo Anouilh director confía en que Anouilh autor puede llevar el peso del espectáculo: los largos diálogos están hechos sin el menor intento de mover a los personajes, los decorados son funcionales pero simples, la luz ilumina y nada más.

El único nombre conocido eh Montevideo de los que figuran en los repartos es el de Paul Meurisse, actor que interpreta en *La foire* los papeles de Napoleón y Luis XVIII, para dar una vuelta de tuerca más al cinismo con que Anouilh juzga la historia de Francia; su trabajo es efectivo, aunque un poco grueso.

En el Théâtre de la Renaissance hay otro éxito en cartel, *Spéciale dernière* de Ben Mecht y Charles Mac Arthur, en adaptación de Jacques Deval. Sin conocer el original (que se llama *Front Page* en inglés) es difícil determinar las responsabilidades de autores y adaptador en un mamarracho barato y sobrecrito que un elenco numeroso sobreactúa con abundancia de portazos, réplicas dichas a velocidad supersónica y lúces rebeldes a sus intenciones bajo la dirección de Pierre Mondy. También en París se puede ver mal teatro.